

398.9
V598L

4 junio 79

PN6095
c 35
L5

ES PROPIEDAD



FSRM

10326



Fragmentos de hermas viales con máximas de Cleóbulo, Solón y Pitacos

ADVERTENCIA PRELIMINAR

«Si en la deshecha borrasca que corréis, escribía uno de nuestros más insignes filósofos contemporáneos, hay que arrojar al mar algo de mis obras, salvad al menos lo que brilla en el fondo de todas ellas.» Recoger el meollo, la quintaesencia, el espíritu, como se dice hoy día, contenido en las obras de los mejores filósofos y escritores nacionales y extranjeros, occidentales y orientales, cuando yacen olvidadas muchas de ellas en los estantes de nuestras bibliotecas, y sepultadas la mayoría bajo la avalancha de libros fútiles y de novelones escritos para vivir lo que dura su lectura, he aquí el objeto de la presente colección, cuyos materiales hemos reunido cuidadosa y pacientemente, conforme aconsejaba á su primogénito el insigne Lope de Vega, leyendo libros selectos «y sacándoles las sentencias,» como se reúnen en un cercado gran número de sillarejos admirablemente tallados para levantar después con ellos un hermoso edificio, ó como en faldada de flores las destinadas á formar después artísticos ramilletes, y ordenado y distribuido luego á modo de mosaico, «no de otra suerte, como decía Saavedra Fajardo, que diversas piedras forman un rostro, en quien son pincel la colocación y el orden, sin que, después de formado, se conozca el artificio ni se echen menos los colores.»

La copiosa y detenida lectura que ha precedido á la confección de la presente obra nos ha permitido, por lo que respecta á nuestros clásicos castellanos, restablecer en su original estado algunos textos que autores poco escrupulosos, ó por confiar sobradamente en una memoria no infalible, ó por pereza muchas veces de compulsar las citas, ó por traducir del extranjero lo que de nosotros se tradujo, los transcriben de modo que no los conocería su autor (1); y por lo que respecta á algunas de las máximas citadas en la presente colección, comprobar cuántas veces han tomado unos autores por inspiración propia lo que no era más que reminiscencia ó plagio. Así, mediante una selección y un cotejo minuciosos, hemos logrado devolver á muchas sentencias y pensamientos su verdadera paternidad, pudiendo atribuir fijamente á San Ambrosio el pensamiento de Lope de Vega: «La naturaleza es la mejor maestra de la verdad;» y á Lope de Vega el de Calderón: «En vano llama á la puerta quien no ha llamado en el alma;» y á Plinio el repetido de Cervantes: «No hay libro tan malo que no tenga algo bueno;» y á Séneca el de Rojas: «No los que poco tienen son pobres, mas los que mucho desean;» y á este último el de Luján de Sayavedra: «No-hay montaña tan alta que no la suba un asno cargado de oro;» y á Quintiliano y á Cervantes respectivamente los plagiados, aunque bellamente parafraseados, por el americano Montalvo: «El historiador ha de pasar á caballo por delante de las generaciones y los siglos causando admiración y respeto,» y «El historiador mentiroso es acreedor á la horca tanto como el monedero falso;» y á Cervantes también el mutilado por fray Antonio Alvarez: «La senda de la virtud es muy estrecha y el camino del vicio ancho y espacioso,» y el de fray Antonio de Guevara: «No hay placer que no tenga por límite el pesar, que con ser el día la cosa más hermosa y apreciable, tiene por fin la noche;» y á la filosofía popular persa la máxima de Rousseau: «La paciencia es amarga, pero su fruto es dulce;» y á La Rochefoucauld la siguiente de De Guibert: «El mayor arte de un hombre hábil es ocultar su habilidad;» y por fin, y para no citar más entre los muchos que pudiéramos, al famoso Shakespeare el del americano Francisco Acuña de Figueroa, que,

(1) Para muestra valgan los siguientes botones. Cita un autor el siguiente pensamiento de Cervantes: «Todos los vicios traen algún deleite, menos el de la envidia, que no produce sino disgustos, rencores y rabia,» que escribió así el inmortal autor del *Quijote*: «Todos los vicios traen no sé qué deleite consigo, pero el de la envidia no trae sino disgustos, rencores y rabias.» Y otro transcribe así un pensamiento de Rojas: «Grande es en los viejos el vicio de la codicia: cuando pobre, franca; cuando rica, avarienta,» que escribió de este modo el autor de *La Celestina*: «No es esta la primera vez que yo he dicho cuánto en los viejos reina este vicio de la codicia,» etc. Textos por el estilo, podríamos citar muchísimos.

por venir bajo la máscara del verso, incluyó inadvertidamente como original suyo en la *Antología* el ilustre Menéndez Pelayo:

—¡La mujer!, joya sin par,
sumo bien, dulce vocablo,
del cielo rico manjar.
—Así es—respondió Gaspar;—
menos si lo guisa el diablo (1).

Nada diremos acerca de la importancia y del interés de esta colección, que podrá juzgar el lector con sólo pasar los ojos por la lista alfabética de autores que va á continuación de esta advertencia. Pero sí que no podemos menos de encarecer la utilidad é interés que en todos tiempos y en todos los países han tenido las máximas y proverbios. De ellos están sembrados los libros bíblicos, y Salomón calificalos de «vida del alma,» de «salud para todo hombre,» de «corona para la cabeza,» y de «collar precioso para adorno nuestro.» Los monumentos literarios indos, el *Pan-Sha-Tantra* y su imitación en sánscrito el *Hitopadesa*, las compilaciones chinas *Y-King*, *Chu-King* y *See-Chü*, los códices persianos *Gulistán* y *Ghiavidan-Khired*, con el *Zendavesta* de Zoroastro, ¿qué son más que testimonios vivientes de la importancia que en la educación, las costumbres, la religión, las ideas y el carácter de dichos pueblos alcanzaron respectivamente aquellas condensaciones de la verdad? Entre los romanos, bastará citar las siguientes palabras de Séneca para demostrar cuán solicitadas por el pueblo fueron las lecciones de sus preceptores, á quienes, reconociendo su utilidad, llegaron á conceder los emperadores inmunidades oficiales: «Filósofo, enfermos y míseros te llaman...; en ti ponen sus esperanzas, y te suplican que los saques del abismo en que se agitan, haciendo brillar, para alumbrar sus pasos, la saludable luz de la verdad.» Los griegos, pueblo filósofo por excelencia, siguiendo el ejemplo de Hiparco, hijo de Pisistrato, según refiere Platón, llegaron hasta á grabar en las estípites de las hermas viales las máximas de sus moralizadores, como puede verse en las que reproducimos á la cabeza del presente prólogo. Yendo aún más allá que los griegos, los pueblos mahometanos, que hicieron de la epigrafía un elemento decorativo en manos de sus artistas, bordaron los frisos y las paredes de sus edificios religiosos, civiles y particulares con los preceptos más principales del *Corán*, como podemos ver, sin alejarnos de España, en las maravillosas construcciones de Sevilla, de Granada y de Córdoba. En

(1) He aquí el pensamiento de Shakespeare: «La mujer es un manjar digno de los dioses cuando no lo guisa el diablo.»

cuanto á los pueblos cristianos, á nadie son desconocidos el gran número de sentenciarios que en todos tiempos en Francia y en Alemania, y en España especialmente en el siglo de los Varros, Rufos, Setanti, Pérez de Herrera, Cairasco de Figueroa, etc., etc., se han publicado, y que si, según frase de Diderot, «son cual agudos clavos que fijan la verdad en nuestra memoria,» vienen á ser, en el bello concepto de nuestro Lope de Vega,

un espejo con vislumbres
de verdad y razón clara,
en que ve el alma la cara
de su conciencia y costumbres.

Teniendo en cuenta el consejo de Thomereau: «Si un pensamiento de tres líneas no deja en vuestro ánimo la impresión de que podría consagrarse un capítulo, carece de valor,» hemos preferido, entre los buenos, los pensamientos cortos á los sobradamente diluidos. Esto nos ha permitido reunir en este cuerpo un caudal estimable y abundante, como no sepamos otro, de máximas y sentencias morales, en el que jóvenes y ancianos, pobres y ricos, amos y criados, padres é hijos, amigos y parientes, maridos y esposas, políticos é indiferentes, seculares y eclesiásticos, gobernantes y súbditos, hallarán lecciones de sabiduría acomodadas á su capacidad y á su estado.

No hemos buscado en esta compilación el aplauso: únicamente el cumplimiento del deber que tenemos de ayudarnos y guiarnos unos á otros por el sendero de la verdad, del honor, de la virtud y de la justicia. Por esto nada sentiríamos tanto como que los lectores del presente libro tuviesen un día ocasión de decirnos lo que Otelia á Laertes en la sublime creación de Shakespeare: «Yo conservaré para defensa de mi corazón tus saludables máximas. Pero, mi buen hermano, no hagas tú lo que algunos rígidos pastores hacen, mostrando áspero y espinoso el camino del cielo, mientras como impíos y abandonados disolutos pisan ellos la senda florida de los placeres, sin cuidarse de practicar su propia doctrina.»

L. C. VIADA Y LLUCH.

TABLA DE LOS AUTORES CITADOS

- About (E.), págs. 71, 221.
 Acevedo (A. de), 246.
 Ackermann (L.), 296.
 Acosta (Cecilio), 21.
 Acuña (M. de), 48, 50, 91.
 Adam (Pablo), 250.
 Addison, 339.
 Adville (María), 364, 376.
 Agreda (Sor M.^a de Jesús de), 54, 120, 153, 277.
 Aguesseau (D'), 95.
 Agustín (San), 7, 24, 41, 93, 145, 150, 152, 153, 155, 162, 224, 241, 305, 308, 336.
 Aimé-Martin, 45, 147.
 Alarcón (P. A. de), 10, 227, 332, 375.
 Alemán (Mateo), 2, 7, 15, 23, 34, 54, 67, 70, 80, 86, 90, 117, 131, 185, 190, 193, 238, 244, 269, 278, 284, 287, 290, 302, 309, 337, 344, 345, 351, 367, 370, 378, 379, 383, 384, 394.
 Alembert (D'), 235, 253.
 Alfieri, 242.
 Alfonso M.^a de Ligorio (San), 157.
 Alfonso X el Sabio, 117.
 Alibert, 302.
 Alvarado (Fray Francisco), 104, 111, 121, 125, 127, 129, 137, 139, 195, 199.
 Alvarez de Cienfuegos, 29, 232.
 Amat (Juan Carlos), 88, 99, 186, 264.
 Ambrosio (San), 2, 41, 155, 162, 224, 350.
 Amyot, 134.
 Anacarsis, 23.
 Anselmo (San), 7.
 Antístenes, 79, 159, 205.
 Antonio (San), 351.
 Aparisi, 45, 50, 226, 233, 236, 238, 298, 304, 309, 312, 316, 328, 334, 352, 362, 375, 377.
 Apotegma árabe, 323, 330.
 Apuleyo, 292.
 Arboleda, 10, 38, 62, 142, 154, 208, 241, 388.
 Arenal (Concepción), 175, 194, 309.
 Argenson, 111, 208.
 Aristóteles, 2, 31, 80, 110, 127, 130, 134, 160, 183, 197, 224, 291, 324, 334, 367, 376, 393.
 Arquímedes, 329.
 Artaize, 72.
 Arteaga Alemparte (D.), 275.
 Art-Roe, 108.
 Arraiz (Amador), 147.
 Atenodoro, 378.
 Augier (E.), 189.
 Aulnoy (Madama de), 173.
 Averroes, 2, 355.
 Avila (P. Juan de), 99, 292.
 Azeglio (Máximo), 51, 130.
 Bacón, 19, 46, 104, 116, 149, 187, 219, 240, 265, 330, 331, 376.
 Balbo, 62, 220, 317.
 Balmes (Jaime), 4, 11, 111, 146, 153, 157, 167, 175, 238, 263, 272, 305, 327, 331, 338, 395.
 Balzac, págs. 211, 222, 253, 273, 339.
 Banville (T. de), 254.
 Baralt (R. M.), 45, 49, 71,
 Barbieri, 130.
 Barclayo (Juan), 271.
 Barco Centenera (M. del), 43.
 Barni (J.), 104, 115.
 Barnow, 339.
 Barthelemy, 169, 199.
 Bartrina (J. M.), 263, 335.
 Basilio (Emperador), 151.
 Basilio (San), 80.
 Basilio de León (Fray), 236.
 Batres y Montúfar, 273.
 Baudelaire, 109.
 Beauchene, 273.
 Beaumarchais, 343.
 Beaumont (Madama de), 274.
 Beauteme (De), 386.
 Bello (Andrés), 208, 354.
 Ben-Sira, 205.
 Bentham, 112.
 Bernardo (San), 6, 22, 41, 152, 153, 162, 190, 336, 376.
 Bernis, 274.
 Bersot, 93.
 Berthelot, 331.
 Beza (T.), 146.
 Bianchini, 182.
 Bias de Prienne, 217.
 Bignón, 188.
 Bión, 56, 329.
 Bismarck, 108, 113, 122.
 Blanchecotte (Madama), 371.
 Boecio, 169, 377.
 Boileau, 295, 329.
 Boissier (G.), 209.
 Bona (Cardenal), 46.
 Bonald (Vizconde de), 18, 95, 140, 147, 188, 234, 242, 313, 366, 370.
 Bondi, pág. 188.
 Borja (F. de), 272.
 Borsini, 77.
 Bossuet, 13, 22, 115, 134, 169, 174, 176, 187, 188, 192, 196, 200, 202, 238, 249, 333, 390.
 Boufflers, 272.
 Bougeart, 282.
 Bouillier (F.), 182.
 Bourdaloue, 22, 38, 187, 265, 312, 347.
 Bourget (P.), 389.
 Boutroux (E.), 137.
 Boxadós y de Llull, 21, 26, 74, 92, 94, 110, 120, 125, 152, 157, 166, 173, 191, 201, 215, 225, 242, 245, 252, 264, 272, 280, 290, 297, 302, 308, 315, 319, 327, 342, 344, 347, 355, 364, 383, 384, 386.
 Brambilla, 95.
 Bretón de los Herreros, 55, 264, 330.